

Alan Parks

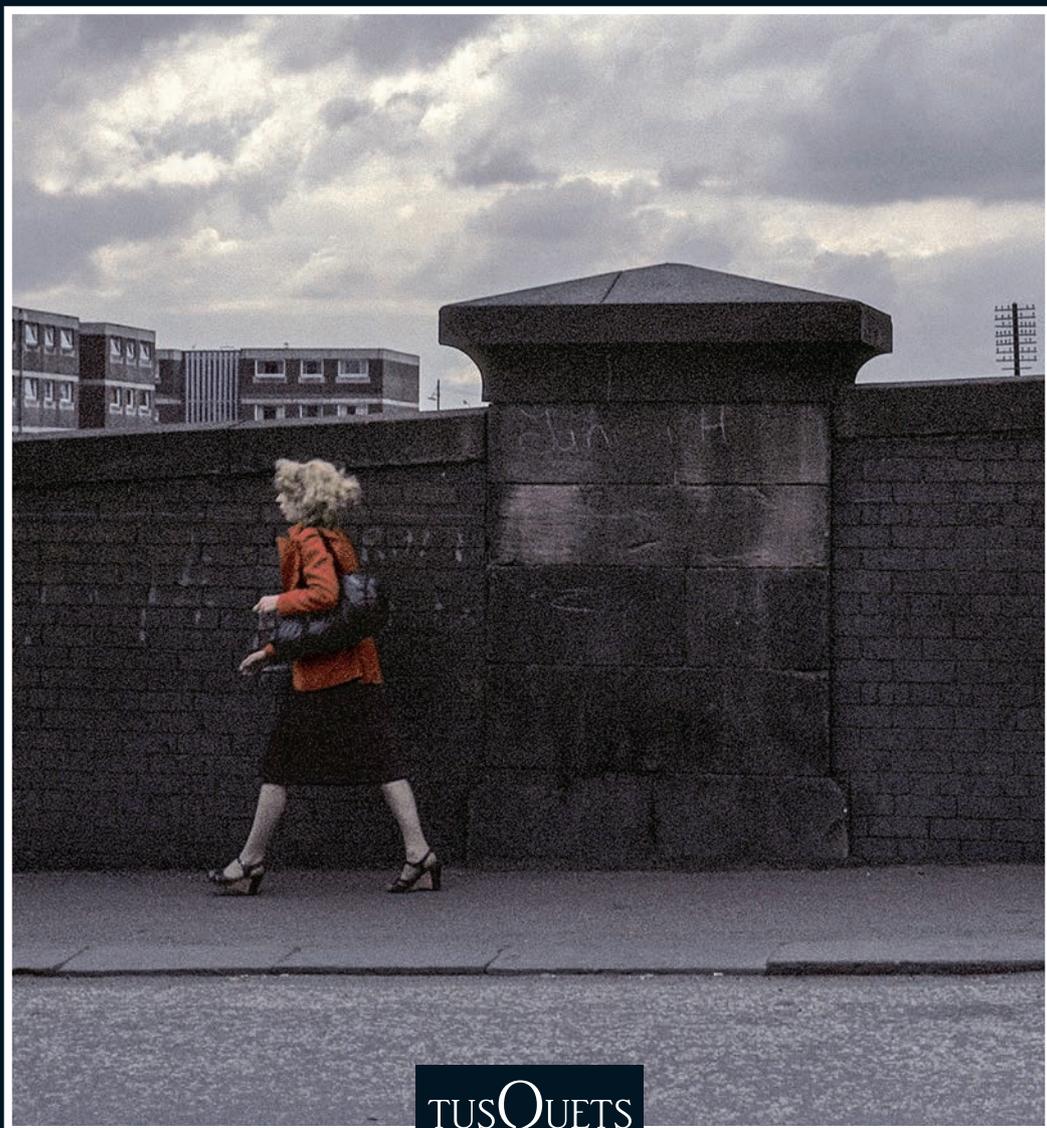
BOBBY MARCH

VIVIRÁ PARA SIEMPRE

SERIE  
HARRY  
McCOY



*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ALAN PARKS  
BOBBY MARCH VIVIRÁ PARA SIEMPRE

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Bobby March Will Live Forever*

1.ª edición: enero de 2022

© Alan Parks, 2020

De la traducción: © Juan Trejo Álvarez, 2022  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-059-1  
Depósito legal: B. 269-2022  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

13 de julio de 1973

McCoy miró la hora en su reloj. Las ocho y cuarto. La llamada había tenido lugar justo antes de las seis de la tarde anterior, así que llevaba unas quince horas desaparecida. La posibilidad de que se hubiese perdido o de que se hubiese quedado en casa de una amiga se había volatilizado. Una niña de trece años no se pierde durante quince horas, toda una noche, sin que haya sucedido algo realmente malo.

Dobló por la calle Napiershall y lanzó un improperio. Cualquier esperanza que hubiese tenido de echar un vistazo tranquilamente a ver qué pasaba desapareció al instante. Ya se había montado el circo al completo. Madres con cara de preocupación y con críos en los brazos hablando unas con otras entre susurros, niños que se acercaban para ver los coches patrulla, unos cuantos gacetilleros a los que reconoció de los periódicos sentados junto a la pared, fumando, esperando acontecimientos. El fotógrafo del *Evening Times* limpiaba las lentes de su cámara con la punta de su corbata. Había cuatro o cinco coches patrulla aparcados a las puertas del pub y una furgoneta de atestados al otro lado de la calle. Incluso había un pirado que iba de un lado para otro metido en un panel en forma de sándwich con una cita bíblica escrita en él, entregando folletos. Maldijo entre dientes, atravesó la calle y se dirigió a la entrada.

Las puertas del Woodside Inn estaban abiertas y fijadas con una cuña para permitir que entrase algo de aire fresco. Cruzó el umbral y enseguida comprendió que no iba a estar mejor, porque dentro hacía incluso más calor. Unos pocos rayos de luz que se colaban por las persianas bajadas atravesaban la neblina formada por el polvo y el humo de tabaco, provocando que el lugar tuviese más el aspecto de una iglesia que el de un pub de Maryhill. Le costó unos segundos ajustar la vista a la penumbra, apreciar lo mucho que había cambiado el Woodside.

En realidad, ya no era un pub, ahora era el cuartel de campaña provisional de la policía. Unos veinte agentes uniformados, sin gorras, arremangados, estaban sentados en los bancos del fondo; Thomson iba asignándoles las áreas que debían recorrer puerta a puerta. Sobre una de las mesas habían desplegado un gran mapa de la zona —Maryhill, North Woodside, Firhill—, y para sujetar las esquinas habían colocado unos vasos con el logotipo de Johnnie Walker. El mapa estaba dividido en secciones, algunas de ellas ya tachadas. Una joven agente iba de un lado a otro con jarras de cerveza llenas de agua sobre una bandeja, dándole una a todo el mundo. Un par de tipos con monos de trabajo intentaban conectar tres teléfonos de color azul marino sentados a la barra, en tanto que el propietario del pub, encaramado a un taburete en un extremo de la barra, con un cigarrillo en una mano y una pinta de cerveza en la otra, parecía no saber muy bien qué ocurría.

Se abrió la puerta del servicio de caballeros y por ella salió, secándose las manos con una toallita de papel, la única persona que McCoy no quería ver en ese momento. Bernie Raeburn en toda su corpulenta gloria. Raeburn era uno de esos hombres que se preocupan, tal vez demasiado, de su aspecto. El pelo engominado, el bigote bien recortado, un

alfiler de plata en la corbata, zapatos lustrosos. Probablemente se consideraba todo un personaje. Para McCoy, parecía exactamente lo que era: un tipo voluminoso. Raeburn tiró la toallita en una papelería que había junto a una de las mesas y miró hacia McCoy. No pareció alegrarse de verlo. Todo lo contrario.

—¿Qué haces aquí? —lo interpeló Raeburn.

—La llamada me ha pillado por los alrededores. He venido para ver si podía hacer algo —dijo McCoy.

—¿En serio? —preguntó Raeburn sorprendido—. Creo que podremos apañárnoslas. Ya hay por aquí un montón de chicos.

—De acuerdo. —McCoy resistió la tentación de decirle a Raeburn por dónde podía meterse a todos sus chicos—. ¿Alguna novedad?

—Ahí estamos —dijo Raeburn—. Ahí estamos... —Alzó el dedo índice. Un momento. Se quitó la americana, se alisó la camisa azul celeste. Entonces decidió que ya estaba listo para hablar—. De hecho, McCoy, hay algo que podrías hacer para ayudar. Necesito que vuelvas a la comisaría y le digas a Billy, que estará en el mostrador de la entrada, que empiece a llamar a todo el mundo. Quiero que regresen todos los que se han ido de vacaciones, lo antes posible. Necesitamos a muchos hombres para el puerta a puerta.

McCoy asintió sin alterarse. Intentó no dirigir la mirada hacia la hilera de teléfonos que había sobre la barra.

—Cuanto antes mejor, ¿no te parece? —añadió Raeburn mirando hacia la puerta.

McCoy, que no tenía muy claro qué hacer, permaneció inmóvil durante un minuto. De repente, el pub se había quedado en silencio, e incluso podía oírse el vuelo de las moscas negras golpeando contra las ventanas. Sabía que todo el mundo lo miraba, para ver qué ocurría. Era el vigé-

simo asalto, como mínimo, en la continua batalla entre Raeburn y McCoy. En la comisaría incluso llevaban un registro: ¿cuánto iban a tardar en volver al ring? La mayoría apostaba a que era cuestión de una semana.

McCoy respiró hondo y sonrió. Que le hablase de ese modo era más de lo que él podía aguantar, pero sabía que, a menos que hiciese exactamente lo que Raeburn le había dicho, habría una queja formal sobre su persona en cuanto los gordezuelos dedos de Raeburn pudiesen rellenarla. El plan de Raeburn era muy sencillo. Presionar más y más con la esperanza de que McCoy reaccionase para tener una excusa que le ayudase a librarse de él. McCoy no tenía intención de darle a aquel bastardo semejante alegría. Ese día no, al menos.

—Lo haré —dijo alegremente.

Tuvo que salir del pub para relajar por fin los puños. Sacó la cajetilla de cigarrillos del bolsillo y encendió uno pensando en las múltiples y variadas formas en que le gustaría hacerle daño a Raeburn, pero entonces alzó la vista y se topó con Wattie.

—Me han dicho que estaba aquí —dijo.

—Me encontraba cerca. He venido para ver si podía ayudar, pero Raeburn se ha mostrado tan amable como siempre. Quiere que vuelva a la comisaría.

Wattie, debido al sudor, tenía todo su pelo rubio pegado a la cabeza. Unos oscuros lamparones le crecían bajo las axilas de la camisa de manga corta. Se secó la frente con un pañuelo. Se fijó en que McCoy lo miraba.

—Estoy yendo puerta por puerta, arriba y abajo por las puñeteras escaleras de todos estos edificios —dijo—. No paro de sudar como el maldito culo de un soplador de vidrio.

McCoy lanzó una risotada.

—La Virgen, Wattie, ¿de dónde has sacado esa expresión? Wattie sonrió de medio lado.

—Solía decirla mi padre. —Se aflojó la corbata y se abrió el botón superior de la camisa—. Por primera vez entiendo qué quería decir.

—¿Así que ésta es la maravillosa idea del intrépido Raeburn? —preguntó McCoy—. ¿Interrogar a un montón de gente para saber si vieron u oyeron algo y así poder tacharlo de la lista? Es incluso más estúpido de lo que pensaba.

—Harry, venga ya, usted sabe que no es culpa mía que Raeburn sea...

—Lo sé, lo sé —dijo McCoy—. Sólo bromeaba.

Wattie tenía razón. No era culpa suya. El pobre chico estaba atrapado entre la espada y la pared, y lo sabía. Sin que sirviera de precedente, tenía que quitarse el sombrero ante la iniciativa de aquel bastardo. ¿Qué mejor opción que mantener a McCoy apartado del que iba a ser uno de los casos más importantes del año y hacer que Wattie se convirtiese en su mano derecha? Verter sal en la herida no iba a servir de gran cosa.

Wattie le mostró una lista de direcciones.

—Tengo que llamar a unas cuantas puertas más. ¿Por qué no se viene conmigo?

McCoy asintió y ambos echaron a andar por Maryhill Road, arrimándose al lado en sombra de la calle.

—¿Has descubierto algo? —preguntó.

Wattie negó con la cabeza.

—Nada que no supiésemos anoche. Alice Kelly sigue desaparecida y la mitad de la policía de Glasgow va corriendo de un lado para otro como pollos sin cabeza para intentar encontrarla.

—¿Qué ha dicho su madre? —quiso saber McCoy mientras rodeaban a una fila de personas que esperaba en la parada del autobús frente a McGovern's.

—No gran cosa. Cuando la pobre mujer no está lloran-

do, parece catatónica. Ha venido su hermana de Linlithgow. Ahora está con ella. La vecina de al lado se ha hecho cargo de su bebé. —Wattie se sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente otra vez—. Tendría que ver la casa, una locura. Parece un santuario. Los Celtic de Glasgow, el Papa y el condenado de John F. Kennedy.

McCoy sonrió.

—A mí me suena a la casa de una buena católica. La mitad de las viviendas de Glasgow son así.

—Es posible —dijo Wattie—. Pero estaba abarrotada de esas cosas. Incluso me tomé un té en una taza de los jodidos Lisbon Lions.

—Me sorprende que fueses capaz de beber a través de los dientes apretados —dijo McCoy—. ¿Hizo alguna declaración?

Wattie asintió.

—Al parecer, la pequeña se había pasado toda la mañana tocándole las narices a su madre para que le diera dinero para un helado. El bebé tampoco había ayudado mucho lloriqueando todo el rato, lo cual empeoró las cosas, así que cedió a la petición de la niña y le dijo que cogiese cinco peniques.

McCoy miró hacia el otro extremo de la calle.

—¿Fue a Cocozza?

Wattie negó con la cabeza.

—Se cruzó con la vecina que se está haciendo cargo del bebé cuando salió de casa, le dijo que iba a Jaconelli.

Miraron calle arriba. Desde allí podían ver el reconocible toldo de Jaconelli a lo lejos.

—Ahí los helados sólo valen cuatro peniques, en Cocozza cinco. Si iba a Jaconelli podría ahorrarse un penique. Quería comprarse un chicle Bazooka Joe. Su madre creía que iba a ir al lado de su casa, a Cocozza. Por eso la dejó salir.

—¿Y qué pasó? —preguntó McCoy sacando los cigarrillos del bolsillo—. Déjame adivinar. ¿La vieron en Jacconelli?

Wattie negó con la cabeza.

—No. La última persona que la vio fue la vecina. La vio subir por Maryhill Road antes de entrar en el edificio. Desapareció como por ensalmo en algún punto entre su casa y Jacconelli.

—¿Y qué dice Raeburn al respecto? —preguntó McCoy, deteniéndose para encender el cigarrillo.

Wattie repasó su lista de direcciones, alzó la vista y echaron a andar de nuevo.

—Dice que alguien tiene que haberla visto. Tiene a todos los hombres que ha podido reunir, incluido yo, yendo de puerta en puerta. Somos unos cuarenta y seis, ni una sola respuesta en toda la noche ni esta mañana.

—Raeburn es del barrio de Govan. De Glasgow de toda la vida —dijo McCoy sacudiendo la cabeza—. ¿No crees que sabe de sobra que llamar puerta a puerta es una pérdida de tiempo?

Wattie lo miró a los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Hay una razón para que nadie responda. Hoy es viernes y es festivo. La mayoría de las personas que estaban por aquí ayer se habrán ido de vacaciones. Vas a tener que llamar a un montón de pisos vacíos. Aunque alguien la hubiese visto, no volverá hasta dentro de un par de semanas.

Wattie parecía abatido.

—Mierda. No había caído en eso.

—No me extraña, eres de Greenock, tienes excusa. Raeburn sí tendría que haber caído en la cuenta. La puñetera ciudad al completo estará de vacaciones durante las dos próximas semanas.

Wattie comprobó sus pedazos de papel y se detuvo frente a un edificio.

—Éste es nuestro. Llamaron a los pisos anoche, nadie respondió. Volvamos a probarlo.

—Estupendo —dijo McCoy—. Por favor, no me pidas que suba al último piso.

—Tiene suerte —dijo Wattie, adentrándose en la oscuridad del pasillo—. Primera planta.

Empezaron a subir las escaleras. Dentro del edificio se estaba fresco y no había apenas luz. Llegaba hasta ellos el ruido de una radio de uno de los apartamentos. Parecía que sonaba Lulu.

—¿Dónde está el padre? —preguntó McCoy mientras Wattie llamaba a una de las puertas.

—En Belfast, por lo visto. Trabajando. Lleva fuera cosa de una semana.

Nadie respondió. Probó de nuevo.

—¿La madre tiene novio? —continuó McCoy.

—No lo sé —dijo Wattie.

—Tendremos que averiguarlo. Sabes tan bien como yo que nueve de cada diez veces se trata del padre o del padrastro.

Volvió a llamar. Esperaron.

—Te lo dije —afirmó McCoy—. Están fuera, de vacaciones.

Wattie asintió y comprobó lo que había escrito en uno de sus papeles.

—¿Cuántos quedan? —preguntó McCoy.

Los contó rápidamente con un dedo.

—Doce.

Bajaron las escaleras, ahora la radio se oía con más claridad. Sin duda se trataba de Lulu, «I'm a Tiger». Salieron del edificio, de vuelta al calor y a la luz del sol.

—Bien, por mucho que me guste acompañarte en tus

viajes, Wattie, tengo órdenes que cumplir. Debo volver a la comisaría.

Wattie hizo un gesto de contrariedad.

—Harry, usted sabe que trabajar con Raeburn no me va. Ni siquiera quería que...

McCoy alzó la mano.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, es algo entre Raeburn y yo. No estoy enfadado. Disfrutaré de la paz y la tranquilidad. Pero tú estás aquí. Éste es un caso importante, tienes que aprender todo lo que puedas.

Wattie sonrió de medio lado.

—Entonces, ¿quiere que le mantenga informado?

—¿Te he dicho yo eso? Ponte manos a la obra antes de que Raeburn te saque de la investigación.

Wattie asintió, echó a andar por la calle. Se detuvo y se dio la vuelta.

—Me olvidaba de decirle una cosa. Creo que Raeburn está pensando en destinarlo a los atracos a bancos.

—¿Cómo? —dijo McCoy, consternado—. Estás de broma, ¿no?

Wattie hizo un gesto de desagrado.

—Pensé que le alegraría. Es mejor que estar mano sobre mano.

—Para mí, no. Me encanta estar mano sobre mano. —Entonces lo entendió—. Se trataría de los robos que tú o Raeburn lleváis dos meses sin resolver, ¿no? Genial. Dile que muchas gracias, pero no.

—No sé si va a tener opción de negarse —dijo Wattie—. ¿Qué va a decirle?

McCoy dejó escapar un suspiro. Sabía que Wattie tenía razón. Ahora que las cosas parecía que no podían ir a peor...

—Dile al detective sargento Raeburn, por favor, que es

taré encantado de ayudarle con la investigación en todo lo que pueda.

Wattie sonrió.

—Tal vez yo no se lo diga exactamente con esas palabras. Tengo los informes sobre mi mesa. Écheles un vistazo.

Wattie se despidió con la mano y echó a andar calle arriba sin apartar la vista de sus papeles. McCoy lo vio alejarse. El calor resultaba insoportable. Podría ir en taxi a la comisaría, no tenía claro que fuera capaz de ir andando, no con ese calor. En cualquier caso, no iba a conseguir nada. Todos los que habían cogido vacaciones ya se habían ido, y los que no se habían ido eran lo bastante listos como para no responder al teléfono y verse obligados a volver al trabajo. Abrió su paquete de cigarrillos y vio que sólo le quedaba uno. Cruzó la calle y se acercó al quiosco. Había un cartel apoyado contra la pared exterior. Unas cuerdas cruzadas cubrían el titular.

#### SIGUEN BUSCANDO A LA NIÑA DESAPARECIDA

Raeburn le había hecho una buena faena. Era el tipo de caso que vende periódicos, que provoca que la gente hable, desee saber los detalles más escabrosos. El tipo de caso que hace que una multitud se agolpe en las puertas del juzgado. A los de la calle Pitt también se la habían jugado. Cuanto más tiempo estuviese desaparecida la niña, más incompetente parecería la policía, y los jefazos no sobrellevan bien estas cosas. Querían que la encontrasen lo antes posible. ¿Y si estaba muerta cuando Raeburn la encontrase? De ser así, a Raeburn le convenía dar con el tipo que lo había hecho. Y rápido.